

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 265

Valencia, 24 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

No tendrá
el Gobierno
otros enemi-

gos que los que por
propia decisión se
sitúen fuera de la ley,
cualquiera que sea el
pretexto de que se
sirvan para intentarlo

Discursos de los Excelentísimos señores Presidentes del Consejo de Ministros y de la Generalidad de Cataluña

Anteayer a las once de la noche, los excelentísimos señores Presidente del Consejo de ministros, don Juan Negrín, y el de la Generalidad de Cataluña, don Luis Companys, pronunciaron ante el

Discurso de D. Luis Companys

Aprovechando las circunstancias del discurso político que el señor Negrín tiene anunciado, unas palabras de salutación al pueblo madrileño y a los españoles todos para transmitirles el abrazo limpio, fraternal y emocionante del pueblo catalán.

Vuestra lealtad, madrileños, españoles todos, os hace apreciar singularmente la sinceridad y la claridad en la expresión y en la conducta, y si algún derecho tengo a las demostraciones de simpatía y de consideración con que siempre me habéis honrado, ha de deberse —pues no tengo otro mérito—, a que jamás disimulé mi pensamiento y he hablado siempre el mismo lenguaje aquí que en Cataluña, cosa que no ocurrió antaño con otros exponentes de nuestra tierra: sindicatos, organismos políticos y económicos que hablaban allí de una manera, mientras en las juntas generales españolas se dedicaban al cultivo de clientelas de las más diversas condiciones.

Y todo esto, señores, lo tenemos enfrente, mientras la Cataluña del 14 de abril —España de pie—, del 6 de octubre —Asturias y Cataluña—, y del 18 de julio, enorme y profundo como culminación de un largo proceso histórico, puerta y ventana abiertas a un porvenir nuevo, toda esta Cataluña, la verdadera y auténtica, la única, la eterna en el nombre y en la Historia, a la que la Constitución y el Estado concedieron autonomía, canalizando así la defensa de un contenido legal en una ley fundamental, va ahora unida y confundida en el dolor y en la gloria en todos los frentes, y aspira a competir en abnegación y en coraje con el resto de la República, por la sagrada causa de la independencia territorial y espiritual de España.

Ahora os tenemos a todos delante de nosotros. Tenemos enfrente a los que aquí pretendieron monopolizar el sentimiento patriótico con tópicos y charangas a través de una política traída por monarquías forasteras que nos redujo a una condición de siervos ante el mundo civilizado.

Y los que allá, en mi pueblo, usaron del nombre inmaculado de Cataluña y del vigor de su personalidad colectiva e histórica para comerciar con el ideal a beneficio de

micrófono de Unión Radio de Madrid los siguientes discursos, que fueron retransmitidos por las emisoras de la zona leal y algunas del extranjero.

los privilegios de casta y de sus cacicatos políticos.

Y ahora están unidos también, unidas y confundidas sus voces que dicen ¡Arriba España! ¡Arriba España! Pero ni la entienden, ni la conocen, ni la pueden levantar, porque han puesto sobre su suelo el peso de plomo de las recias plantas de millares y millares de soldados extranjeros. Y somos nosotros, catalanes, castellanos, asturianos, vascos, andaluces, gallegos, todos los españoles, que vamos a realzarla y a engrandecerla, haciéndola libre de la invasión primero, y libre, después, en la común libertad de los hombres y de los pueblos, que la integran y enriquecen.

Nuestros enemigos llevan en la frente el signo de la derrota como designio de la fatalidad histórica. Esta es nuestra fe, pero con la fe, la realidad preñada de esperanzas y seguridades, de que por el impulso popular por milagro de los ideales, y con una dirección inteligente disponemos ya de un poderoso Ejército dotado de los medios necesarios y con una moral que conmueve y que enardece. ¡Los venceremos!

¡Salud! ¡Soldados del Ejército español, carne del pueblo, brazos armados de la libertad! ¡Salud a todos, en nombre de Cataluña!

Pero importa aborrazar vidas y sacrificios, y para que éstos no vayan más allá de lo que impongan las circunstancias y el deber, hay que golpear en la retaguardia, vigorizando sus virtudes y barriendo hasta los rescoldos de las diferencias y disensiones de manera que la unidad que sale de los labios se tenga en el corazón y se practique en las conductas.

Sólo hay un camino para conseguir la paz: ganar la guerra. Tan sólo hay un modo de poder vivir con dignidad, como hombres, y de abrir el cauce de futuras perspectivas, que eleven y asciendan el nivel de las clases populares, que dan su sangre: vencer a los despotas y derrumbar las castas.

Vencer y vencer pronto, para dedicarnos a la tarea de reconstruir España, con todo el esplendor de sus maravillosos matices y levantar un ideal común en el afán, y en el abrazo y la paz de la victoria.

Y ahora, mi homenaje de hoy. No a Madrid, que tanto lo merece por su heroísmo insuperable, ni a Euzkadi, la mártir, ni a Asturias, cuyo nombre pronuncio con intensa emoción: un homenaje a todos, en el símbolo de un mujer santificada: la madre del héroe. A la pobre mujer anónima que ha sabido que su hijo, el soldado desconocido, cayó y murió en el frente de batalla; a la mujer que como fruto de su amor echó al mundo un trozo de su alma, que ha caído en la profunda sima de la tierra

Discurso de don Juan Negrín

Para hablar a España, a toda España, la mejor tribuna es la que Madrid facilita al Gobierno. El precio que con su heroísmo ha ganado Madrid, es tan alto que todo acontecimiento que se produzca en la capital nace asistido de un prestigio cierto e imborrable. A este mérito se acogen las palabras del Gobierno, que aspiran a resonar en la inteligencia y en la conciencia de los españoles, de todos los españoles, absolutamente de todos. Nadie se asombrará porque arraigue en nosotros cada vez más la ilusión de que buena parte de los que embrazaron las armas contra la República, regresarán contritos de su desatentada aventura al comprobar que el despropósito con que se dejaron ilusionar ha sido aprovechado por el egoísmo y la ambición de determinados países para intentar destruir la independencia de España y reducirla a la condición de colonia hispánica.

Si a través del tiempo no hemos perdido esa esperanza, es porque nuestra fe en la victoria es hoy más robusta que ayer y será mañana más robusta que hoy.

Al abordar la segunda campaña de invierno, una sola afirmación: ¡Venceremos! Triunfará la República; prevalecerá España. Y los sacrificios de esta guerra que nos hacen y de la que nos defendemos, nos parecerán pequeños para la buena ganancia de haber afirmado el orgullo de la Patria en peligro: su independencia. Que los descreídos y los desanimados me oigan: ¡Venceremos! El costo de la victoria no depende tanto de los demás como de nosotros mismos. Me obliga a declarar que ningún precio lo reputamos excesivo. Todos se nos antojarán parvos, si nos garantizan el galardón inestimable de reafirmar ante el mundo nuestra libertad de españoles, para trazar, por caminos de paz, los destinos de nuestra nación, que conoce por su pasado la inutilidad de toda violencia encaminada a sojuzgar su in-

dependencia y su libertad. como simiente de carne, regada con sangre y con lágrimas, que ha de fructificar en el largo y constante esfuerzo de la humanidad para que el sol ilumine a todos en una sociedad más justa, en una existencia más bella. Esa mujer ya no llora. Se ha secado las lágrimas, y su cuerpo se ha erguido, orgullosa de su hijo, iluminada por la fe, y con la mirada puesta en el cielo os dice como yo: españoles, a vencer y a vencer pronto. ¡Viva la libertad!

dependencia y su libertad.

Pero por barato que se nos antoje el costo, necesitaremos pagarlo entre todos; con el sacrificio de sus vidas, los soldados; con su trabajo, los obreros; con la alegre renuncia a toda comodidad, mujeres, ancianos y niños.

En nombre del Gobierno y de cara a las verdades de la guerra, no se pueden decir palabras engañosas: vamos a vencer. Pero la victoria llegará a nuestras manos como llegan a manos de los vencedores todas las victorias que se dirimen con las armas: húmeda de sangre y de lágrimas.

Así lo han querido quienes atacaron a la República, sistema legal que se dió el pueblo libremente, y la empujaron a una guerra que a los pocos meses de comenzada no hubiera podido continuar sin la colaboración, primero y la invasión cínica, después, de dos naciones extranjeras, que con menosprecio y burla de lo estatuido en materia internacional, encontraron beneficioso ensayar la potencia destructora de su material bélico sobre el suelo de nuestra Patria, adiestrar sus ejércitos para futuros planes en otros escenarios europeos, y constituir, además, una hipoteca en su provecho con las principales fuentes naturales de riqueza de España.

Pero sépanlo cuantos me oyen: pese a todas las contrariedades que en este instante pueden atribular nuestro espíritu, el triunfo es seguro. Los infortunios, quizá por inevitables y previstos, no quiebran nuestro ánimo, y nuestra fe no es ciega; se funda la seguridad de la victoria en la necesidad que nos vigoriza, de salvar nuestra Patria, en el conocimiento de nuestras fuerzas, y de nuestra potencialidad bélica, que apenas se encuentra en la fase inicial de su curva ascendente, y ascendente cada instante, alcanza un grado de mayor celeridad.

Contratiempos, reveses e infortu-

nios nos cogerán firmes y serenos. La necesidad del triunfo nos alienta. La conciencia de nuestro poder nos tranquiliza. Peor para el que lo dude y pobre del que vacile. Lo que importa es el resultado final y sobre él no se admite duda.

Hemos llevado al mundo entero nuestra reclamación. Y el mundo no ha querido aceptarla en sus términos exactos. Las cancillerías han trabajado para deformarla, desuerte que lo que era una dramática apelación a la conciencia de todos los países y de todos los Gobiernos, cargada con los gritos de los centenares de criaturas a quienes la aviación alemana y la artillería italiana precipitó a la muerte se convirtiese en un problema de especulación en torno a la interpretación de los artículos de un Pacto, que si en Ginebra son letra muerta, en España son carne asesinada. Una vez más, con finas argucias pretenden nuestros enemigos extranjeros engañar el ingenuo candor de las democracias europeas. Buscan una nueva dilación que les facilite realizar sus planes. Ganar unas semanas, quizá unos meses, discutiendo cómo ha de actuar una Comisión que investigue lo que pasa en uno y otro lado, es siempre ganar tiempo.

Italia, con pérfida astucia, ha aguardado hasta el último momento para aceptar el principio de la retirada de nuestros voluntarios y de las legiones regulares extranjeras del campo faccioso. Ya se camuflan sus soldados y Portugal y Marruecos sirven de escondrijos a sus divisiones. La cuestión es ganar tiempo. ¿No les ha dado buen resultado entretener durante unas semanas, con paliques diplomáticos, al mundo entero, mientras ametrallaban en Asturias a nuestros indefensos compatriotas, aniquilaban un hecatombe épica a mujeres y niños, destruían ciudades y pueblos? Pues eso esperan que se repita ganando tiempo.

Yo doy desde aquí el alerta a los países libres del mundo, porque nuestra causa es la de ellos. España aceptará toda medida que permita reducir la contienda a un frente interior. Pero que no se dejen las democracias inducir por el maquiavelismo de sus peores enemigos y sean, una vez más, víctimas de tan torpes engaños. ¡Que no se intente mermar nuestros derechos a trueque de una promesa falaz! Sólo pedimos, únicamente pedimos, nuestro derecho.

Puede la diplomacia, en cuanto es culpable, economizarse la vileza por hacernos llegar su condolencia por nuestro dolor. Rechazamos to-

(Continúa en la página siguiente)

do testimonio de caridad como humillante para la justicia, y nos obligamos a decir desde Madrid, núcleo central del heroísmo español, nuestro reconocimiento para los pueblos que nos estimulan, con su adhesión, a perseverar en la reconquista de nuestra independencia. Fiel a ella, nuestra fidelidad no se extingue en la tumba. Y ello hace que nuestros duelos, por tremendos que sean, nos robustezcan la fe. De ahí que no les ocultemos. Tenemos derrotas que confesar y victorias que referir. De entre unas y otras sacamos aquella fortaleza de ánimo que nos faculta para mostrarnos seguros del porvenir. Ningún país llamado por sus adversarios para hacer la guerra, ha dejado de contar en su historia victorias y derrotas. Y si alguno, mediante el pueril escamoteo de la verdad, ensayó a electrizar a su retaguardia con la película permanente de sus triunfos arrolladores, la necesidad de poner su vistobueno a un Tratado de Versalles sin Versalles, le volvió la realidad de un triste destino, que acabará, en fuerza de ser conjurado con malos medios, por repetirse de manera ineluctable.

Tenemos nuestras derrotas y nuestras victorias; derrotas con dolor y victorias sin alegría. El dolor de nuestras derrotas, porque las padece España, y la insatisfacción de nuestras victorias porque jamás os haremos empavesar con la bandera de nuestro júbilo un trozo de patria donde la guerra haya producido estragos en los hombres y en las cosas.

En definitiva, la República no lucha por asegurar su victoria a una porción de la patria y de los españoles. Pretende algo más ambicioso: vencer para toda la patria y para todos los españoles. Siempre el heroísmo de los que luchan ha sido íntimamente nuestro dolor y nuestro orgullo. Si alguna vez nos ha sido dado alegrarnos, es porque nuestros soldados, compenetrando la diferencia de armamento con ardor nacional, pusieron en derrota y fuga a las divisiones extranjeras que recibieron la orden de penetrar en Madrid. Ese día, alguien más se ufano. Por Burgos y Salamanca hubo tímidos gallardetes que traducían la emoción española de la victoria de Guadalajara.

Fuera de esa ocasión, victorias y derrotas nos han entristecido por igual, y así continuará ocurriendo hasta el fin de la guerra; hasta que la victoria de la República ilumine con luz de primer día de Génesis, los campos y las ciudades, los mares y los montes de la Patria martirizada. Entretanto, nuestra alegría se irá a refugiar en las ciudades de retaguardia, en la capacidad creadora de los hombres y las mujeres que en las responsabilidades más humildes y anónimas, sacando fuerzas de flaqueza, facilitan con el suyo el trabajo heroico de nuestros soldados. Nuestros orgullos más íntimos están acogidos y pendientes de las victorias del trabajo. Acaso es pronto para declarar nuestra satisfacción. Son todavía bastantes los que, al margen del sacrificio nacional, se autorizan demasiadas vacaciones y convierten los jueves en domingos, y a medida que la obra se les enfría en las manos, se les despierta una insólita fiebre de reivindicaciones. No son enemigos de la victoria; no lo son al menos en la intención, pero como si lo fueran. El daño que causan es irreparable, y a la hora de corregirlos para evitar que continúen produciéndolo, más que los resortes de las fuerzas coactivas del Estado, que llegado el caso no nos negaríamos a hacer funcionar, necesitan actuar, con sus recursos morales, las organizaciones obreras. La relación entre esfuerzo y salario está, por el tiempo que dure la lucha, abolida por la guerra. De otro modo, ¿de dónde sacaríamos los medios suficientes para pagar a los millares de combatientes que cerraron con sus cuerpos las entradas de Madrid, impidiéndole el paso a los soldados italianos, alemanes y marro-

quíes de Franco? ¿Dónde iríamos a buscarlos que hubiese lo bastante para pagar la nómina de heroísmo de los luchadores de Asturias? Aborhórense de sus cálculos y de su conducta los que consideren vigentes las razones sindicales que les autorizaban a reclamar al patrono menos horas y más salarios. Mediten sobre la posibilidad de que su pereza haya sido en algunos casos responsable de quebrantos militares.

Desear la victoria y no servirla es colaborar con el enemigo. Le facilitan ayuda cuantos, cediendo a los consejos de su egoísmo, reducen voluntariamente su capacidad creadora y olvidan con deliberación que los tiempos son de sacrificio y de esfuerzo para todos. Hurtarse al esfuerzo y al sacrificio equivale a comprometer la victoria, o, en el mejor de los casos, a retardarla.

¿Cuándo acabará la guerra? Por más que pido a mi optimismo moderado y reflexivo noticias con que responder a esa pregunta que se hacen tantos compatriotas en el amanecer de cada día, sólo tengo este juicio, válido por exacto: la victoria no depende por modo exclusivo de los triunfos y reveses de nuestras armas, sino también de la fecundidad de los campos y de la productibilidad de nuestros talleres. Cuanto mayor sea nuestra aplicación al trabajo, más corto será el tiempo que nos separe de la victoria. ¿Cómo andan los índices de nuestra producción industrial y agrícola? ¿Qué aumento o disminución se ha operado en el rendimiento de nuestras industrias? Esos números pueden ser inscritos en el parte diario de las operaciones militares como victorias o derrotas, según sean altos o bajos.

Y serán altos o bajos, a voluntad nuestra. Altos, si llevamos a la fábrica el impulso heroico que conduce a los combatientes a encarnarse con los invasores e inmolarse antes de pensar en pactar una derrota ominosa. Bajos, si cuidamos de la sola victoria de nuestra conveniencia individual y doméstica. Mas los que atienden a cosechar victorias para su pereza y su egoísmo, harán bien en meditar sobre la duración de los mismos, tomando como puntos de referencia y para su estigma el clima de trabajo que alemanes e italianos han impuesto en la zona de su dominio.

Detrás de la proeza de hoy, está la servidumbre colonial de mañana. Esos son los términos del problema para todos, pero de modo especial para los que no se deciden a abdicar de los viejos conceptos que, provisionalmente, la guerra mantiene en suspenso. Lo que haya de ser de ellos mañana lo dirá el país, a la vista de sus necesidades más perentorias y vitales. Tememos, de momento, que la guerra los he invalidado.

No se crea que hacemos leña del árbol caído. Esos viejos conceptos sindicales tienen todavía valedores. Lo predicado contra ellos por los grandes sindicatos, no ha surtido todo el efecto deseado. Así nos es dado anotar cómo, para saber de la guerra y juzgar de la proximidad y lejanía de la victoria, los españoles nos guiamos exclusivamente por el parte diario de las operaciones militares. De sus noticias extraemos nuestro optimismo o nuestro pesimismo.

El resto de las actividades que se relacionan con la victoria — y no conocemos ninguna que no tenga que ver con ella — no cuentan en nuestra estimación. Mover un torno, gobernar una fresadora, alimentar un horno, conducir un vapor mercante, hacer una barbería, fueron ayer trabajos pacíficos; son hoy, no importa su apariencia, actividades de valor militar. Actividades que, según el grado de pasión con que seamos capaces de servirlos, nos acercan o nos alejan del final victorioso de la guerra. Un campo en barbechos, un buque sin timón o un horno frío, son, en lo militar, derrotas en lo político, pérdidas irreparables. Son demasiado considerables los daños que a nuestra economía ha infligido la guerra, para que estemos en condiciones de admitir que la pereza consiente que se cubran de orín los útiles de trabajo y de escajos las tierras de labor.

Toda actividad reconoce hoy un valor superior, según que nos decidamos a orientarla felizmente. La naturaleza de la República es de tal modo robusta que ha podido sobrevivir a todos los quebrantos de la guerra. Mas la confianza en su fortaleza no debe ser tanta que nos consintamos licencia para afligirla con nuevas preocupaciones. Tiene de sobra con las que le han otorgado sus adversarios, de dentro y de fuera. Su tiempo y su pasión están embargados por la necesidad de atender a ganar la guerra. Producir en su seno querellas, equivale a empobrecer sus defensas naturales.

Negar que esas querellas se han producido, cuando todavía son visibles en algunos de sus efectos fatales, supondría una ridícula desconfianza en nuestra capacidad de enmienda. De regreso de aquellas peleas, con el paladar amargado, son muchos los que postulan la razón de un partido único, que concrete, con anulación de todo matiz particular, la aspiración nacional de ganar la guerra. El anhelo es nobilísimo y la intención — no cuesta trabajo reconocerlo — buenísima. Pero al desbarbararse de un error, conviene cuidar de no caer en el contrario. En materia política, es donde el arbitrio se hace más peligroso y causa mayores estragos. Para librar a nuestra patria del lazo corredi- zo que le ha tendido el fascismo, en una traición siniestra hecha con el alemán y con el italiano en los cuarteles españoles, con historia de pronunciamiento, no es indispensable remedarlos en las maneras y copiarles los métodos. El corsé de acero con que en Salamanca han reducido, en apariencia, a un común denominador a los polemistas de las vísperas, puede servir — si sirve, que tampoco allá es eficaz — para Salamanca. De ninguna manera para Madrid.

Fabricar con una ley o con un decreto un partido único, y meter en él a todos los españoles, violentándoles la conciencia, eso no lo hará nuestro Gobierno; entre otras razones, porque está persuadido de la inutilidad de tal farsa y del fracaso seguro de semejante despropósito. A lo que si es propicio el Gobierno es a favorecer, por todos los medios a su alcance, la unificación de la voluntad y el pensamiento españoles en orden a las necesidades de la guerra. Pugna el Gobierno, desde el día de su nacimiento, por desarmar todos los reuelos y todas las sospechas, llevando a las zonas de la opinión una seguridad de equilibrio legal, de equilibrio republicano.

Nacimos sin prejuicios, y sin prejuicios iremos desarrollando nuestra vida gubernamental. No tendrá el Gobierno otros enemigos que los que por propia decisión se sitúen fuera de la ley, cualquiera que sea el pretexto de que se sirvan para intentarlo. Y el riesgo de esas evasiones de la legalidad, ha decrecido de modo considerable, tanto por la acción del instinto como por el reconocimiento voluntario de los ciudadanos de que el acatamiento estricto a la ley nos proporciona ventajas considerables para hacer la guerra, en mejores condiciones a como puede hacerse con una retaguardia incapaz de disciplina.

La mejoría en este punto es tan manifiesta y clara que no necesita ser subrayada con palabras. Pero aún cabe que adelantemos más en este camino. El progreso no adquirirá la velocidad apetecida sin el concurso de las organizaciones políticas y sindicales, que están obligadas, sin menoscabar para nada su peculiar fisonomía doctrinal, a deponer sus polémicas y sus resentimientos. Se les pide esa rápida liquidación de enconos, en nombre de un servicio de guerra, y el Gobierno está en condiciones de ofrecerles, a cambio, una más alta seguridad en la victoria.

Me niego a admitir la posibilidad de una negativa. La persona menos atenta a las vicisitudes nacionales habrá tenido ocasión de advertir que los enconos, las más de las veces unificados en las polémicas periodísticas, tiene su origen en pequeñas diferencias y en leves anécdotas que la guerra absorbe rápidamente. El daño comienza tan pronto como se intenta, desorbitándose, agigantándose al proyectarlo como sucesos mayores en la actualidad nacional.

¿Quién tan loco que continúe complaciéndose en embargar la atención de España, cuando España necesita ganar su independencia, comprometida con las pequeñas tensiones de una organización con otra? El que no sea capaz de hacer a la victoria el sacrificio de su propia razón accidental, ¿qué es lo que está dispuesto a ofrecerle? El cultivo intensivo de las razones particulares de grupo, tiene, en los momentos actuales, en que, por encima de todas estas razones, está la suprema razón de la Patria en peligro, una cosecha fatal de divergencias y desintegración.

Llegará un día en que tales razones podrán batirse de cara a la opinión pública, pero es necesario prevenirse contra el riesgo de que esa polémica, por las torpezas de hoy, haya de ventilarse en el extranjero, con el remordimiento y la añoranza de la Patria perdida y la tranquilidad de unos y otros — que la razón está compartida — por hacernos padecer pérdidas irreparables, de aquellas que no se saldan con arrepentimientos tardíos.

Es ésta la ocasión adecuada para la contricción y la enmienda. Si la creación gubernamental de un partido único es dislate de color y sabor fascista, la renuncia a las razones particulares de poco peso generadoras de diferencias nocivas, constituiría un acontecimiento extraordinario muy digno de ser celebrado con toda clase de regocijos. Centrariamos la atención con exclusividad en todo aquello que la victoria impone para entregarse a lo que sea centrada. Ahora anda disperso y tras de logros mezquinos que no corresponden a la ocasión.

Factor decisivo para la corrección de ese error puede ser la Prensa. Pero la Prensa, salvo casos aislados, está imposibilitada de cooperar a la rectificación necesaria, porque su razón de existir reside en su incondicional adhesión a las varias razones parciales en colisión. Prolonga y amplía las polémicas y no es raro que según el estado pasional de quien escribe en los periódicos, del examen desapasionado de las pasiones doctrinales, se salte al comentario iracundo y agrio y a la anécdota, moldes viejos que nos retrotraen de manera falaz a días muy lejanos en que cabía admitir esas costumbres, sobre cuya elegancia me prohíbe opinar, para rechazar la supervivencia.

Si negar la contribución de la Prensa a la victoria sería injusticia en la que no es posible incurrir, afirmar que haya evolucionado de acuerdo con el ritmo impuesto por la guerra, es inexactitud que ninguna consideración de orden personal me llevará a cometer. De la Prensa, que tiene para ser ejemplo ante la del mundo, un concepto apretado de la honestidad, atendida a la cual vive no muy holgadamente, cabe esperar más alta contribución de heroísmo. El Gobierno se dispone a estudiar si es llegado el momento de que se sacrifique. Una seguridad nos acompaña. La de saber que nuestra decisión, que por ser del Gobierno no será imparcial, no habrá de ser discutida. Son demasiado abundantes los esfuerzos inteligentes que monopolizan la Prensa. Son muy numerosos los periódicos que se editan. Ese exceso de papel impreso no siempre está plenamente justificado, y consume energías y divisas. De unas y de otras estamos bastante necesitados para pen-

sar en un aprovechamiento más ventajoso para la victoria. Esta llegará a devolver a la Prensa toda su prestigiosa fortaleza; pero, en el tanto, no queda otro remedio si aspiramos a vencer, que llegar en la ordenación de todos los valores a la última consecuencia. No se trata aquí de sojuzgar la emisión del pensamiento. Se contrae el propósito a evitar la innecesaria reiteración de ese mismo pensamiento, ya que la difusión de las noticias no requiere de tanto vehículo como en la actualidad la propaganda. Garantizada a los grupos políticos la defensa escrita de sus doctrinas, cabe que el Gobierno proponga una más económica satisfacción de la curiosidad pública, con lo que se conseguirá fácilmente disminuir los noticieros periodísticos y con ello el riesgo de las indiscreciones que la Censura cuida, con resultado vario, que no se produzcan.

El periodismo militante podrá ofrecer sus hombres mejores a responsabilidades que todavía no están cubiertas como conviene a su importancia. Ni siquiera las manos inteligentes de los obreros de la imprenta habrán de quedar ociosas. No es el fantasma de la miseria, sombra inseparable del cuerpo fatigado del periodista viejo, lo que puede poner un estremecimiento de angustia en el profesional de la pluma que, en cumplimiento de deberes del oficio, pare su atención en mis palabras. Con pensamiento honesto, sin propósito de halago, declaro que la petición de sacrificio que se haga a la Prensa, no computa igual demanda para quienes, a despecho de lo precario de sus vidas, la han servido con rectitud moral jamás desfallecida.

Si, porque la hora de los sacrificios pleros ha empezado. La guerra será dura y larga. Y mientras más larga, mayor será el peligro para la paz universal. De los demás, no de nosotros, depende el acortarla, y con ello reducir el peligro de un conflicto general. Pero nada es dado fiar a las ayudas ajenas. Las cancellerías trabajan demasiado minuciosamente, con notas para que lo que no prometa el despertar de la diplomacia de los países que acudieron a la guerra europea inscribiendo en sus banderas el lema de «Por la independencia y la libertad de los pueblos», constituya una esperanza. La diplomacia tiene lentitudes demasiado morosas. Mide su tiempo con un cómputo distinto al de los países que sufren. Nuestras victorias en el exterior poseen un valor relativo. Hay que valorarlas sin exageración, en más o en menos.

Gran trabajo ha costado abrir paso a la verdad española, ocultada cuidadosamente por todos los instrumentos de publicidad que las clases conservadoras de Europa entregaron en libre disposición a los rebeldes. Está camino de extinguirse la leyenda de nuestra sádica crueldad. Todo el amontonamiento de ferocidades que servían de fondo para proyectar ante el mundo a los Gobiernos de la República, ha sido retirado de la circulación por las escobas de la higiene mental. España recupera su estimación al mismo tiempo que ve engrandecido su tradicional prestigio heroico. Esas victorias de carácter moral no van acompañadas todavía por las victorias legales, por las victorias del derecho. Falta que los tratados se cumplan y que conforme a lo pactado en ellos se nos consienta libremente el comercio con los países de nuestra amistad y de nuestra preferencia. Falta que Europa se decida a conocer la verdad de nuestra guerra y a proclamar la presencia en nuestra Patria de dos naciones agresoras.

Hay la posibilidad y la esperanza de que se decida a lo que todavía no se ha decidido. Dispondrá de tiempo. La guerra continúa y continuará en tanto no dejemos realmente afirmada la independencia de España. Ese es nuestro deber y lo cumpliremos. Nadie tema que nos apartemos de él. Jamás soñamos para nuestras vidas una

empresa y un destino de mayor volumen. No tenemos nada más noble a que aspirar. Fuera de este deber no conocemos otro.

Tenemos la seguridad de vencer, la intuición profunda de que la independencia de nuestra Patria será salvada. Quien quiera las razones de nuestro presentimiento, que se acerque a Madrid, tribuna donde estas palabras se pronuncian. Madrid se las expondrá sin regateos. Todo aquí es la afirmación vigorosa de nuestra fe, caliente proclamación de la seguridad en la victoria. Inútiles fueron los esfuerzos de la aviación alemana para abatir el ánimo del pueblo madrileño. Inútiles son los disparos procedentes de los cañones italianos. Lo que no pudo ser en noviembre, no será jamás. La aceptación serena de un destino que se presentaba inclemente, dió en 1936, exactamente como en 1808, la victoria a Madrid. La victoria de Madrid fué prólogo de la victoria de España; de esta engranable España nuestra que con su sentido trágico de la vida, repugna más que la muerte, la servidumbre colonial de los poderes extraños.

Morir ayudando a realizar el anhelo profundo de la Patria, he ahí un ideal inmarcesible, al que el Gobierno, tomando como testigo a Madrid, se declara fiel. Madrid, que nos tiene por sus discípulos, no rechazará nuestros nombres cuando levante para toda la nación la bandera de la República iluminada por todas las victorias de Es-

paña. Y con Madrid, está toda España. Lo acabáis de oír, en vibrante alocución, de labios del Presidente de la Generalidad de Cataluña, señor Companys, que trae a los madrileños el saludo del pueblo hermano.

Pero el Gobierno ha de pensar no sólo en las luchas del momento, sino en el futuro. ¡Desdichada España si quienes encausen sus destinos no otean las perspectivas del mañana, tan duras, tan difíciles y escabrosas como el presente! ¡Malditos los gobernantes que no se preocupen de desviar de tanto horror fratricida las miradas de las generaciones venideras! Después de tanta sangre vertida, de tanta depredación y tanto crimen, la obligación de todo hombre de Estado será remitir los afanes e ilusiones de todos los españoles hacia nuevas metas cuya raigambre se encuentra en las más puras tradiciones del alma española. Si eso no se busca, si eso no se logra, el final de esta guerra será «finis Hispania».

Pero España se salvará. Y con su salvación, se cumplirán los altos destinos que le reserva la Historia.

Por ello luchamos. Para ello me dirijo hoy a todos los españoles.

**Este BOLETIN se re-
parte gratuitamente**

ALEMANIA-BELGICA, ITALIA-ESPAÑA

¿Seguirán los agresores apuntándose tantos?

El Gobierno del III Reich acaba de comunicar a Bélgica una nota en la que se compromete a respetar la inviolabilidad del territorio belga.

Esta nota era esperada desde hace meses y no introduce, en realidad, ningún nuevo elemento en las relaciones internacionales. Bélgica, después de la denuncia de los acuerdos de Locarno por Alemania, anunció su decisión de no reanudar sus compromisos de asistencia mutua con Francia. Los Gobiernos de Francia y de la Gran Bretaña, en una declaración de hace meses, registraron aquella decisión y afirmaron que garantizaban la integridad del territorio belga. Bélgica está asegurada, pero no asegura. Sin embargo, el Gobierno de Bruselas se compromete a defender su territorio y a respetar los compromisos derivados del Pacto. Sobre estas dos obligaciones, los comentarios del señor Spaak dan lugar a muchas reservas. ¿Cómo podrá cumplir Francia eventualmente sus deberes de garantía si los acuerdos militares no precisan las condiciones de defensa común?

Y por otro lado ¿qué será de las obligaciones del pacto de Ginebra desde el momento en que Bélgica se niega a permitir el derecho de paso por su territorio a los efectivos de las potencias eventualmente destinadas a la defensa del pacto por mandato de la Sociedad de Naciones?

La decisión belga, lo hemos dicho varias veces después de la desastrosa iniciativa del rey Leopoldo y de su ministro Spaak, fué una decisión enojosa. Fué un golpe para la organización de la paz por medio de la seguridad colectiva. Fué una victoria de la política de pactos bilaterales con que la Alemania hitleriana pretende guardarse las espaldas con miras a futuras agresiones. Garantiza la seguridad del agresor en lugar de organizar la seguridad de los pueblos.

La declaración alemana señala en cierto modo a Bélgica en su curso nuevo.

Para apreciar su alcance, se debe leer, con mucha más utilidad que las consideraciones que hizo ayer en Bruselas el ministro Spaak, el comentario que dedica al acontecimiento el señor Gayda en el «Giornale d'Italia».

El intérprete de Mussolini registra primero que el acuerdo germano-belga se lleva a cabo fuera del cuadro societario. Esto significa que Bélgica orienta de ahora en adelante su política exterior eludiendo las obligaciones del pacto que todos los que combaten las instituciones de Ginebra y se esfuerzan por expulsarla de la

política internacional. El señor Spaak ha aportado desde hace varios meses una colaboración infinitamente preciosa, a todos los enemigos de la Sociedad de Naciones.

El señor Gayda observa además que la política fijada merced a la declaración alemana, hace imposible lo que él llama el cerco de Alemania. El señor Gayda juega evidentemente con las palabras. No se trata de poner el cerco a Alemania, sino de paralizar las agresiones. ¿Cómo conseguirlo? Asociando con contratos precisos a todos aquellos cuya seguridad pueda estar amenazada. Alemania, ha logrado deslizarse a Bélgica de este contrato. Ha suprimido un obstáculo en el camino de la agresión.

Berlín y Roma celebran esta victoria, que es, en efecto, una victoria conseguida sobre la paz.

Observemos de paso que Bélgica, que vuelve tan alegremente la espalda a la seguridad colectiva, al espíritu del Pacto y se atrae las felicitaciones del Führer y del Duce, es la misma a quien la Sociedad de Naciones llamó para ocupar un sitio en su Consejo, después de haberse negado a renovar el mandato de la República española. En Ginebra prefieren a los que colaboran con el agresor en vez de a las víctimas de las agresiones.

Pero he aquí sin duda el aspecto más temible de la declaración del 13 de octubre: los telegramas de Roma anuncian que Italia no sólo estuvo asociada a la negociación que culminó en la declaración alemana, sino que el Gobierno fascista se dispone a hacer una declaración análoga. ¿Con qué fin? Con el deseo evidente de hacer revivir uno de esos esquemas diplomáticos que, bajo el nombre de Pacto de los Cuatro o de Pacto occidental, separaría definitivamente a Francia de sus amigos y asociados del Este y del Sureste.

Hay quien pretende que la declaración alemana es una especie de réplica al discurso del Presidente Roosevelt. Es muy posible. El presidente americano predicó la unión, la asociación, la resistencia a las empresas agresivas. Los Gobiernos de París y Londres le han respondido suscribiendo los procedimientos dilatorios de la agresión fascista. Alemania e Italia se han apuntado un tanto. Con la colaboración graciosa del señor Spaak, acaban de poner en jaque en un sector de Europa a la política de organización de la paz tan valientemente preconizada por el primer magistrado de la democracia americana.

GABRIEL PERI

(«L'Humanité», 15-X-37.)

Ayuntamiento de Madrid

En La Línea y San Roque los jefes de Falange han cometido tal cantidad de crímenes y de robos que las autoridades facciosas se han visto obligadas a encarcelarles

Con Emilio Griffiths —el compadre de Queipo— y el capitán Fernández Sánchez, Jefe de Falange de La Línea, formaba el teniente Justo López, cacique del Campamento, barriada extrema de San Roque, la trilogía de asesinos que han devastado con sus ferocidades la zona gibraltareña.

Este Justo López, oficial retirado, hombre amoral que apenas iniciada la traición militar-fascista se incorporó a ella, vivía en el Barrio del Campamento, anejo al municipio de San Roque, lugar apacible, lleno de villas y chalets, donde gran número de súbditos británicos habitaban largas temporadas lejos de las actividades de Gibraltar. Pero la rebelión fascista convirtió aquellos lugares en campo de sus fechorías. En su Hipódromo, en su Campo de Polo y en los cercados de la Yeguada Militar, estableció el verdugo Justo López el «matadero» donde a tiros y puñaladas fueron asesinados durante más de nueve meses millares de ciudadanos leales a la República.

Cuando el día 19 de julio del pasado año los moros entraron en La Línea, a sangre y fuego, el teniente

Justo López brindó a la oficialidad de aquel Tabor de Regulares su adhesión más entusiasta y a la madrugada siguiente cuarenta cadáveres de vecinos de la ciudad aparecieron junto a la central de telégrafos, como testimonio de la ayuda siniestra del cacique del Campamento. Desde entonces, Justo López fué el hombre preciso en toda la represión realizada por los fascistas en el campo gibraltareño.

La persecución de Justo López contra los elementos izquierdistas de Algeciras, La Línea, San Roque y el Campamento, fué desde los primeros tiempos de la rebeldía verdaderamente espantosa. Los veinticinco desalmados que formaban el grupo de ejecución que capitaneaba eran señalados con verdadero terror por todas las gentes de la zona inmediata a Gibraltar. Se calculan en más de 3.000 personas las asesinadas por Justo López y su gente. La última «hazaña» fué no hace un mes. Isidoro Gil Ruiz, hermano de un ex-alcalde socialista de La Línea —fusilado al principio del movimiento con su mujer y sus hijos— fué detenido en Málaga y conducido a la Línea donde Justo López lo condenó a muerte. Cuando lo llevaban en un camión a fusilarlo, uno de los falangistas, que iban en el vehículo con él, le cortó las cuerdas con que iba amarrado y el detenido consiguió darse a la fuga. Justo López, enfurecido, hizo detener el camión, obligó a cinco de los falangistas que iban en la parte por donde se había fugado el condenado a muerte a apearse y allí, sin formación de causa ni expediente, dando rienda suelta, una vez más, a sus instintos criminales, les asesinó cobardemente, después de desarmarlos.

No hay que repetir que el siniestro Justo López, además de todo este torrente de sangre que ha de-

ramado es autor de numerosos robos, saqueos y expropiaciones violentas.

No hace mucho tiempo las autoridades fascistas, en virtud de una protesta casi colectiva de los más destacados elementos de derechas de La Línea, hubo de proceder a la detención del teniente de Falange, Carlos Calvo Chozas.

Este sujeto, había cometido en unión de sus hombres más de noventa asesinatos con el exclusivo objeto de saquear las viviendas de las víctimas. Pero una vez en la cárcel, el detenido ha demostrado de una manera clara y terminante que todos su delitos los realizó con la complicidad de Justo López. Tales han sido las pruebas acumuladas por el teniente de Falange, contra el cacique del Campamento,

que éste no hace muchos días, en medio del asombro del vecindario de Algeciras, atravesó las calles de la ciudad andaluza, atado codo con codo para ingresar en la cárcel. Se asegura que las acusaciones son gravísimas contra Justo López y contra otras conocidas personalidades del fascismo. El escandaloso asunto ha producido honda expectación en toda la zona rebelde del Sur.

El destino es fatal para los tres verdugos. Emilio Griffiths, detenido por orden de Queipo de Llano, —que se asusta de las cosas que de él sabe su compadre— se traslada a Salamanca, en cuya cárcel muere misteriosamente, según la versión oficial, por suicidio y, según el rumor popular, asesinado por los esbirros de Falange; el Jefe de los fascistas de La Línea, Fernández Sánchez, también es detenido y desaparece más misteriosamente todavía de la cárcel de Sevilla. Y ahora, Justo López, camino ya de Salamanca.

EN ALEMANIA

Las escuelas

BERLIN, 12. — Hace poco se suspendió en algunas escuelas de Berlín, la clase de religión. En cambio, han aumentado, en cinco horas a la semana, las clases de gimnasia. En un boletín de enseñanza, señalan los directores de los colegios a los padres los medios de contratar un sacerdote para dar enseñanza religiosa a sus hijos.

El obispo Preysing tenía razón al declarar en una de sus cartas pastorales que el Gobierno pensaba suspender toda clase de religión en las escuelas.

La expulsión de eclesiásticos, según se ha averiguado, no tiene efecto solamente en Berlín, sino en toda Alemania, y los obispos de diversas diócesis del Oeste han formulado su protesta por medio de cartas pastorales.

El Estado quiere llevar a cabo la secularización de las escuelas del Estado.

Desde el domingo pasado, los políticos nacionalsocialistas vienen realizando una campaña contra los católicos y contra todas las religiones. Alfredo Rosenberg, en su viaje de propaganda por los Estados de la derecha del Elba, emplea tonos muy duros contra las creencias religiosas.

El 17 de octubre, se inaugurará una iglesia cerrada desde hace tiempo, en la cual no habrá cruz alguna. De este modo se mantiene Rosenberg fiel al mito del siglo XX.

En un discurso pronunciado en Hamburgo por el ministro del Reich doctor Frank, dirigió éste nuevas amenazas contra la Iglesia, que —dice—, pretende estorbar la educación de la juventud.

El que intente en Alemania constituir un imperio aparte, caerá bajo la fuerza de la ley.

Al tiempo que se trata de reducir a las organizaciones religiosas, adquiere más amplitud el movimiento nacionalsocialista religioso de los cristianos alemanes.

(«Neue Zürcher Zeitung» 13 de octubre de 1937.)

Los cristianos alemanes

BERLIN, 14. — La sección reformista de los «cristianos alemanes» se reunió hace unos días, en Berlín, para tratar principalmente, de la reforma de la Iglesia evangélica. A consecuencia de este programa reformador, se designa a ese grupo con el nombre de «cristianos reformistas del Reich».

La finalidad que persigue este movimiento es adaptar a las presentes circunstancias las creencias protestantes.

El sector radical de la Iglesia alemana se denominará «Iglesia popular alemana». Uno de los delegados que acudieron a la reunión de Berlín, el obispo Petersmann, hizo un llamamiento al sector radical, a fin de que esté en contacto con el nuevo movimiento.

Otro de los asistentes a la conferencia censuró la resolución votada en Oxford, y recordó que los cristianos alemanes habían protestado contra aquella resolución. Seguidamente, se refirió el orador al boicot declarado a las iglesias libres alemanas por la Iglesia reformista de Württemberg.

(«Neue Zürcher Zeitung», 15 de octubre de 1937.)

Italia, los árabes, los franceses y los ingleses

Calcúlase que Mussolini tiene en Libia 50.000 soldados. No los necesita para mantener en la sumisión a los tripolitanos y cirenaicos. Ya pasaron los tiempos en que Italia no podía mover sus fuerzas militares del litoral libio. Graciani, hoy virrey de Abisinia, acabó con las guerrillas. Desde que Enver-bajá abandonó los desiertos del Sud para volverse a Turquía, los libios rebeldes no tuvieron un jefe capaz de llevarles a la victoria. Y poco a poco, se sometieron al yugo europeo.

¿Para qué ha concentrado Mussolini, entre Bengashí y Trípoli, ese medio centenar de miles de hombres? Sencillamente para amenazar a los franceses en Túnez y a los ingleses en Egipto.

Recordemos los preliminares de la Triple Alianza en que hiciera Italia el papel humillante de parienta pobre. Bismark negábase a resucitar los viejos pactos. Decía que el ejército y la escuadra italianos habían fracasado de manera lamentable frente a los austriacos. Estos, mientras retrocedían en el Elba y eran derrotados por los prusianos en Sadowa, vencían por tierra y mar a sus enemigos del Sud. Custozza y Lissa consolaban a Francisco José de los fracasos de Benedek, su desdichado generalísimo.

«¿Para qué puede servirnos Italia?», preguntaba desdeñosamente Bismark a su emperador, cada vez que Crispi, el jefe del Gobierno de Roma, insistía en sus pretensiones.

Sin embargo, Crispi, haciendo de pobre porfiado, logró la limosna. Su prensa, dócil, cultivaba la francofilia. Y la expedición de los franceses a Túnez, con la invención de la rebeldía Krumir y el subsiguiente Tratado de El Bardo, dióle el pretexto que necesitaba para justificar, ante sus compatriotas, su vendida germanofilia gibelina.

Túnez debía ser, según Crispi, la base de un imperio colonial italiano. Y he aquí que Francia se le adelantaba. Tenía que resignarse con las Somalias, con aquellas desoladas costas del Mar Rojo que llevaban el corazón de un extraño país independiente, viejo de dos mil años...

Para vengarse de Francia, Crispi entregó Italia a Bismark, atada de pies y manos...

Mussolini fué en Marzo a Libia. Y prometió a los jefes árabes, convocados para oírle, que el fascismo abriría a los mahometanos el camino de la Libertad. Ahora bien. Los tunecinos son mahometanos. Los egipcios también. Y en Palestina, todos los no judíos profesan igualmente la religión islámica.

Nadie ignora hoy en Inglaterra que los disturbios palestinos son fomentados desde Italia. Diariamente, la Radio de Bari habla en árabe a las poblaciones indígenas del Norte de África y de Siria, y las excita a reivindicar sus derechos. En Fez, en Argel, en Constantina, en Cairo, en Alejandría, en Jerusalén, millares de musulmes de la clase media, oyen todas las noches las arengas que locutores debidamente aleccionados pronuncian desde la Italia meridional.

El gran Mufti de Jerusalén, Haj Aminal Husseini, fué destituido por el Alto Comisario de Inglaterra en Palestina, como cabeza visible de la agitación árabe contra los judíos. Haj Aminal supo que se trataba de deportarlo, como hace tiempo se hizo con el caudillo nacionalista egipcio, Zaglub Bajá, a las islas Seychelles. Y se refugió en la mezquita hierosimitana de Omar, construida sobre los cimientos sagrados del templo de Salomón. Las leyes islámicas declaran maldito de Alá a quien toque siquiera a un cabello del hombre o la mujer que se refugien en un lugar santo. Y los ingleses no se atrevieron a prender al Gran Mufti. Limitáronse a poner policías en las puertas.

Esos policías fueron burlados. El Haj Aminal se escapó de la mezquita y ganó la Siria por los desiertos de Transjordania. ¿Dónde está hoy? La Radio de Bari dió cuenta de su fuga en tales términos, que parecía era debida a un auxilio italiano. Se asegura que Haj Aminal aparecerá muy pronto en Libia.

Coincide la campaña de excitación árabe a que se entregan los fascistas italianos, con el comienzo de la agitación antisemítica en la Península. Hasta ahora, Mussolini se había negado a seguir a Hitler por la senda de la persecución de Israel. Pero bruscamente, su Prensa ha empezado a atacar a los judíos, que en número de muchos millares, viven en Italia. La mayoría se dedica al comercio y a la banca. Algunos a la literatura y al teatro. Recordemos los nombres de Guido de Verona, Pittigrilli y Sen Benelli. Claro es que Guido de Verona y Pittigrilli son seudónimos.

En Palestina, Italia subleva a los árabes contra los israelitas, y, de paso, contra los ingleses que les protegen y que tienen la responsabilidad del Mandato. Cada hebreo asesinado en Jerusalén, Naplus, Itaiya o Telaviv, cada policía británico muerto en combate o emboscado por los beduinos, es un tanto que se apunta el fascismo italiano. Lo saben en el Foreign Office. Lo saben en la City. Lo saben en el War Office. Lo saben en el Almirantazgo. Lo saben en todas las redacciones londinenses. Sin embargo, sigue triunfando la consigna de «esperar y ver». ¡Esperar y ver! Y con un enemigo que desconoce el «Fair play», el juego limpio. Con razón el líder parlamentario del laborismo, interpelando al Gobierno, ha dicho que éste ha comprometido ya el porvenir.

Italia no se contenta, desde luego, con instalarse en Abisinia, invadir la España continental y apoderarse de las Baleares. Pretende sublevar contra Francia e Inglaterra todo el África musulmana, y con ella Palestina, Siria, el Irak y la península arábiga. Para lograrlo utiliza todos los medios legales y clandestinos. Y Francia e Inglaterra callan y disimulan. ¿Hasta cuándo?

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

El ex coronel Beigbeder, alto comisario faccioso en Marruecos, fomenta y dirige los disturbios que se producen en la zona francesa

La Prensa cotidiana de Marruecos —dice F. Debare, en «La Dépêche de Fes»—, ha publicado unas declaraciones verdaderamente cínicas del honorable coronel Beigbeder, nuestro tan simpático vecino.

He aquí el texto íntegro de la información aparecida:

«Tánger. — Al recibir en Tetuán a los periodistas franceses, el coronel Beigbeder, alto comisario del Gobierno de Franco en el Marruecos español, se ha levantado contra la imputación que ha sido hecha a los nacionalistas españoles de favorecer la agitación indígena en el Marruecos francés.»

Y añade:

«Además, he dado órdenes for-

males a mis estaciones de radio del Marruecos español para que no hagan ninguna alusión a los acontecimientos que han enlutado al Marruecos francés. Estimo que las dos naciones protectoras tienen en el Marruecos intereses solidarios. Con esta intención he prohibido, igualmente en todas las ciudades de la zona española las manifestaciones que se estaban organizando para honrar la memoria de los muertos en el motín de Meknes.»

Entre nosotros, el coronel Beigbeder, tiene una manera de dominar a las autoridades francesas que no es para tomarlo a risa.

Desde hace muchos meses, Radio Sevilla, Radio Alcazarquivir, Radio

Melilla, pero sobre todo Radio Tetuán, con Mekki Naziri al micrófono, y en general todas las emisoras nacionalistas, llevan a cabo, en lengua árabe, una campaña antifrancesa de gran envergadura. Ahora, no es ya solamente excitación; es casi el llamamiento directo lanzado a los marroquíes de la zona francesa.

Y esto lo hemos señalado desde hace mucho tiempo en repetidos artículos.

Pero, no es todo aún: Diariamente, agentes de la zona española penetran en la zona francesa, donde llevan propaganda por cuenta del extranjero; de Italia y de Alemania, para más precisión.

Francia se prepara para desafiar cualquier gesto de audacia del "nazismo" alemán

Seymour Berkson, periodista conservador norteamericano, director de «Universal Service» escribe lo siguiente:

«Francia con su poderosa Línea Maginott, cuyo precio fué de 150.000.000 de dólares y que constituye fortificaciones subterráneas a lo largo de 125 millas de frontera, desde el Rhin al Luxemburgo, representando el mecanismo de defensa fronteriza más elaborado, ya no sigue temiendo seriamente una invasión alemana. La Línea Maginott para construir la cual se tardó más de cinco años, consiste en una cadena de cajones de acero, subterráneos, que ocultan entradas «camoufladas» y a través de las cua-

les la artillería puede disparar continuamente descargas cerradas de fuego mortal a lo largo de toda la frontera. Unos cuarteles subterráneos, capaces de ocultar un gigantesco ejército, están unidos por túneles, apoyados con nidos de ametralladoras que disparan a través de un agujero tan pequeño y tan bien disfrazado en el terreno, que lo hace prácticamente invisible desde el aire.

Las mejores tropas francesas se entrenan en el uso de la Línea Maginott, que cuenta ya con una guarnición permanente y está defendida por una red de aeródromos militares, dentro de cortas distancias.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Y he aquí ahora que el coronel Beigbeder se levanta contra la imputación que ha sido hecha a los nacionalistas españoles de favorecer la agitación indígena en el Marruecos francés. ¿Estaremos soñando? Tanta hipocresía asombra. Pero las autoridades francesas no son cándidas; tienen pruebas de la acción fascista en Marruecos y las buenas palabras del alto Comisario de Tetuán, nos hacen sonreír.

Y ahora me vuelvo hacia los nacionalistas marroquíes, los Abdejalil, Mahomed Hassane, el Ouazzani, Allal el Fasi, Lyazidi y sus amigos, y les pregunto lo que piensan de las declaraciones del coronel Beigbeder.

«He prohibido en todas las ciudades de la zona española las manifestaciones que se estaban organizando para honrar la memoria de los muertos en el motín de Meknes.»

¿Cuándo es sincero el fascismo? Cuando sonríe, cuando hace promesas a los nacionalistas marroquíes, cuando alienta la agitación en la zona francesa y hace baja demagogia para reclutar su carne de cañón?

¿O bien declara que las dos naciones protectoras (Francia y España) tienen en Marruecos intereses solidarios, y que prohibió todas las manifestaciones?

En las declaraciones del coronel Beigbeder, no hay ni una alusión a los intereses del pueblo que el nacionalismo marroquí afirma querer defender.

La cosa está clara. El fascismo extranjero no tiene más que una idea: crear dificultades a la Francia democrática. Para ello utiliza en Marruecos al nacionalismo marroquí, en Francia a los terroristas, en España a Franco y sus acólitos, en Argelia el Partido Popular Argelino.

Frecuentemente el fascismo juega con dos barajas. Y así sin conciencia de lo que hacen, hábilmente maniobrados, el Partido de Acción Marroquí, el Partido Popular Argelino, el Partido Social Francés y el Partido Popular Francés, hacen el juego al fascismo extranjero creando dificultades interiores en la Francia republicana, avivando los odios racistas en Argelia, donde comienza de nuevo la campaña antisemita y en Marruecos donde se abre un abis-

mo cada día más profundo entre los franceses y los marroquíes.

Esto, sería preciso que lo comprendieran franceses y marroquíes. Los que están destinados a vivir en colaboración, en asociación, sobre el mismo suelo no tienen ningún interés en destruirse. Porque, los nacionalistas marroquíes no son lo bastante ingenuos, pienso yo, para creer que quedarían dueños de Marruecos y lo organizarían, según sus concepciones políticas, si nosotros los abandonásemos.

Apenas nos hubiéramos marchado, Alemania e Italia se instalarían allí con sus regímenes totalitarios.

Entonces ¿es servir bien a un pueblo alentarle a la lucha, cuando no sabe por adelantado que no puede librarse de la tutela presente más que para caer en otra mucha más rígida, mucha más dolorosa, porque su punto de partida es el racismo, es decir de la humillación perpetua?

Planteo lentamente el problema a los nacionalistas marroquíes, cuya razón no haya sido totalmente squilada por la pasión.

Mientras subsistan en Europa los países fascistas y sus deseos de universalización de los regímenes totalitarios, y mientras las democracias están amenazadas, los pueblos colocados bajo su protectorado o mandato, no tienen ningún interés en librarse de ellas, porque únicamente en el cuadro de las democracias podrán evolucionar hasta la completa liberación.

Y por eso precisamente, los nacionalistas trabajan contra el pueblo marroquí cuando tratan de explotarlo su miseria para fines políticos, en un sentido antifranceses.

Reformas de justicia, mejoras de la suerte de los «fellah», del trabajador en general, desenvolvimiento de la enseñanza. ¡Sí, todo eso es bueno! Pero en el cuadro del Protectorado Francés y con la colaboración de los elementos republicanos y democráticos de este país.

¿Con el fascismo extranjero contra Francia y la República? ¿Más!

Mañana:

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Libro de Silvio Trentin
(Continuación)